

# Diario de un cazador

“Linaje”

Iván Martínez Hulin

Editorial Aladena, 2008

© 2008 Editorial Aladena, S. L.

© Iván Martínez Hulin, 2008.

Cubiertas: Marta Sánchez.

Segunda Edición: Octubre, 2009.

Editorial Aladena, S. L.  
c/ Iván Pavlov nº 8, Bloq 2, 2º Planta, Oficina H.  
29590 Parque Tecnológico de Andalucía.  
Campanillas (Málaga).

**[www.aladena.com](http://www.aladena.com)**

I.S.B.N.: 978 84 92510 0 47

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro, por cualquier medio, sin la previa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

## Índice

A modo de comienzo...	pág. 7
La herencia	pág. 11
El legado	pág. 43
El hombre de negro	pág. 91
Volver a caminar	pág. 107
El refugio	pág. 129
El ciclo	pág. 143
Dedicatoria	pág. 159
El autor	pág. 161

## 0

A modo de comienzo...

*“¿Alguna vez os habéis parado a escuchar cómo suena el papel y la hierba seca de un cigarrillo al quemarse? En el maravilloso mundo de los sentidos todo tiene formas y colores extraños y propios. Ciertamente es que hay que tener tiempo –y el aburrimiento suficiente– como para pararte a percibir cómo suena un cigarrillo al quemarse cuando le das una calada. Las horas eternas de vigilancia son las que me hacen fijarme en esta clase de cosas para no perder la concentración. Un viejo truco que he aprendido de manera autodidacta. En mi profesión, si es que podemos llamarla así, una distracción puede significar la muerte o algo aún peor, la condena eterna.*

*Por supuesto, las cosas no siempre han sido así para mí. Antes, ni siquiera fumaba. Es más, odiaba el tabaco. Siempre le decía a Walter lo mucho que me disgustaba besarle cuando había fumado, porque venía a ser como lamer un cenicero. Una comparación bastante asquerosa, pero podéis haceros una idea aproximada.*

*Walter... no, siempre fue Walt para mí... mi Walt, ¡cuánto te echo de menos! Pero ahora eres sólo un retazo más alegre del tiempo en el que tenía una vida”.*

Apagó la grabadora. Como había dicho, en su profesión, no era factible permitirse una distracción. Y pensar en Walter la distraería con toda seguridad. Con el

tiempo puedes aceptar ciertos hechos, pero aceptarlos es una cosa y asumirlos otra muy diferente.

Decidida a no recordar, devolvió la grabadora al bolsillo del pantalón y cerró la cremallera. Sacó la cajetilla de cigarrillos y encendió uno nuevo. Eso siempre le ayudaba a concentrarse. Trató de escuchar el particular sonido del papel y el tabaco al quemarse mientras ella aspiraba a través del filtro. No fue capaz de oír nada. Ya era tarde. Casi estaba amaneciendo y había perdido la concentración...

Las calles de la ciudad española eran pequeñas y húmedas. Había llovido. Ella sólo había visitado España en contadas ocasiones. A saber —o a recordar, mejor dicho—: Madrid, Pamplona y algo de la costa de Valencia. La mayor parte en las vacaciones de la universidad, aprovechando algún curso de español para mejorar el idioma. El último de ellos lo había realizado junto a Walter. A él le gustaba mucho España. A Walt le gustaba todo el mundo. Siempre sabía sacar lo mejor de los lugares que visitaba, de sus gentes y costumbres.

No le gustaba el olor que los contenedores de basura, gracias a la lluvia y al calor húmedo, desprendían. Sonó una campana lejana. El reloj de la catedral daba las seis de la mañana. Esta noche no habría caza. La presa debía de haber optado por otro refugio. Era imposible que supiera que ella estaba allí, esperándole.

Se acomodó un poco más en la gabardina que llevaba cubriéndole el cuerpo. Era ancha y vieja, pero le protegía de la lluvia. Sintió el pesado cinto y las armas puntiagudas rozándole la espalda a través de la tela de la camiseta. En un acto reflejo, se calzó la gorra de los Mets un poco más y pasó la mano por el pelo rubio que llevaba recogido en una cola, escapando de ella. Estaba mojado.

Le dolía la cabeza un poco. Siempre le pasaba

cuando llevaba más de cuarenta y ocho horas sin dormir. Apuró el cigarrillo y lo arrojó al asfalto de la calle que se abría ante ella. No había apenas tráfico a estas horas de la mañana. Sacó de otro bolsillo el tarro de píldoras que le habían recetado y se tomó un par a palo seco. Después añadió un puñado más, uno pequeño, no había que abusar.

El sol despuntó sobre los tejados de las casas y los edificios bajos de la ciudad andaluza y pareció que el mundo hubiera renacido tras una larga noche de terror. Para ella cada amanecer era la representación de la supervivencia. Había sobrevivido un día más para continuar con su obra, seguir la caza. Eso era lo realmente importante. Lo único que le quedaba.

Dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección al hotel en el que había tomado una habitación. Llegaba su hora de dormir. Después de todo, se lo había ganado.

Pero no pudo dormir, así que comenzó a escribir en el diario que había comprado. Era hora de transmitir lo que había aprendido. Tal y como lo había recibido.

Fue entonces, y sólo entonces, cuando se permitió recordar...